

Poesía/ revolución: Conexiones y divergencias entre prácticas sociales de los setenta, antes y durante la dictadura militar argentina (1976-1983): el caso Gelman

Agustín Hernandorena

Universidad Nacional del Sur

ahernandorena@gmail.com

Tiempos convulsos: de la pluma al fusil. Experiencias de radicalización política peronista en la Argentina (1955-1976). Introducción: tejidos, nudos, problemas

El derrocamiento de Perón en 1955, que supuso el fin de un período nefasto para el pueblo, para los autores materiales (las Fuerzas Armadas) y para el heterogéneo conjunto de autores intelectuales-cómplices pasivos (amplio arco opositor al peronismo con la connivencia de gran parte de la Sociedad Civil), significó, contrariamente, la inauguración de lo que, nos gustaría denominar, tiempos convulsos. Con el pretendido objetivo de librar al pueblo del “mal sueño peronista”, la remoción y posterior exilio del líder que había buscado la inclusión de los sectores postergados por las políticas de Estado y marginados del sistema político hasta 1943, dio lugar a un escenario político-social original, le proporcionó recursos y modos de hacer desconocidos hasta el momento y dio inicio a agitadas prácticas en la vida política del país hasta, por lo menos, 1976 cuando se instaló el terrorismo de Estado.

En esta instancia, el objetivo del capítulo es realizar un recorrido posible por ese nuevo escenario abierto, involuntariamente (¿?) por el peronismo desde su forzada caída en 1955. Nos interesa dar cuenta, aunque sea de manera sucinta, no reduccionista, por un lado, del proceso germen por y a través del cual se fue conformando una cultura política radicalizada, que estableció nuevos modos de intervenir políticamente y de comprender la cosa pública. Por el otro, del modo en que el campo cultural en general y los hechos y protagonistas de la década de 1960, en particular, se fueron infiltrando en la arena política argentina, alimentando ese momento histórico y dotándolo de características complejas. Y,

sin dejar de observar los acontecimientos externos e internos que permitieron su origen, ¿afianzamiento? y consumación final, proponemos indagar cuáles fueron las particularidades y cómo, a través de su insoslayable injerencia en el campo político, adquirieron una nueva arista.

Entendemos que el período seleccionado es un entramado complejo de hechos y relaciones, divergencias y conflictos, en el que se pueden distinguir un sinnúmero de nudos. Por eso, escogemos tres de ellos, de modo arbitrario, basándonos en una lógica temporal que no siempre favorece este tipo de análisis.

Nudos temporales

El **1.º nudo** se puede encontrar en el período que va desde la irrupción de la dictadura autoproclamada “Revolución Libertadora” en 1955 hasta principios de la década de 1960.

El **2.º nudo** abarca desde la instalación de la *represiva* “Revolución Argentina” en 1966 hasta el retorno del peronismo al gobierno constitucional en 1973, después de dieciocho años de proscripción.

El **3.º nudo**, estrecho temporalmente, pero de una densidad inusual, propone una lectura desde el triunfo de Perón en septiembre de 1973 hasta el 24 de marzo de 1976 en que una nueva dictadura genocida se autoproclamó “Proceso de Reorganización Nacional”.

¿Por qué tejidos? ¿Por qué nudos? La trama de cualquier proceso histórico presenta puntadas y remedos, redes y parches, avances y repliegues, continuidades y rupturas constantemente. Justamente, ahí radica su complejidad: es una construcción incesante. No existe una trama lineal, una evolución progresiva en la construcción histórica. Enfrentamos un problema y predecimos nuevas preguntas. La historia está atravesada por voces que la reescriben *todo el tiempo*, por eso es necesario poner de manifiesto qué dicen pero antes que nada quiénes dicen.

Excluido Perón: sociedad civil politizada, sectores populares con visibilidad en el campo, sistema dual, resistencia sindical peronista

El derrocamiento de Perón muestra nuevamente grietas dentro del entramado político nacional: el surgimiento de una fuerza que no supo consolidarse y sostenerse desmontada

por el poder de las FF. AA. que, por tercera vez¹, interrumpían un gobierno constitucional, esta vez asombrosamente, en nombre de la “democracia” frente a la “tiranía peronista”.

El proceso peronista le otorgó visibilidad a lo que nos atrevemos a denominar y conceptualizar como *sectores populares*. La emergencia de este sector social excluido de las decisiones políticas encuentra, en el Estado peronista, un canal de expresión de sus demandas durante tanto tiempo postergadas. Carlos Altamirano (2000) destaca los primeros años como de bienestar y energía reformadora. Con crecimiento industrial sostenido, incremento de salarios, altos precios para la exportación agrícola argentina; con expansión del consumo, florecimiento de la legislación social y sindicalización masiva, dando respuesta a la esperada justicia social, resolvió lo que hasta el momento era un *conflicto*. Advierte una serie de nacionalizaciones, la formación de nuevas empresas públicas como el Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI) que le otorgó al aparato estatal un papel rector en el proceso económico y favoreció el logro de la independencia económica. Además, la conformación progresiva de la doctrina justicialista (entonces en formación) permitió construir soberanía política.

La transformación cualitativa de la sociedad argentina de esos años se dio a partir, no solo de la visibilidad y la respuesta que encontró la masa popular en el Estado, sino también de los derechos que se le proporcionaron: un mayor acceso a la educación formal y un estado de bienestar que permitió un creciente ingreso popular al consumo de bienes culturales. La progresiva posibilidad de que los hijos de los trabajadores accedieran a estudios universitarios fue conformando un complejo entramado de actores sociales que comenzaron a exigirle al Estado, a la sociedad política, nuevas respuestas para nuevas demandas. El peronismo resolvió, de algún modo, el conflicto social² y, a su vez, complejizó la trama social sobre la que se asentaba. Permitió un masivo ascenso social de los sectores populares, canalizó una paulatina ampliación de derechos y creó un estado de bienestar que la sociedad, no solo pretendería conservar, sino además intensificar y extender. Los sectores populares asistieron a una verdadera redistribución de la riqueza que -como sostiene Juan Carlos Torre (1997)- a través del control de los precios relativos, logró hacer

¹ Con las dos primeras interrupciones constitucionales nos referimos a los golpes de Estado que produjeron en 1930, el derrocamiento del presidente Hipólito Yrigoyen y, en 1943, el derrocamiento del presidente Ramón Castillo.

² Este es un sintagma propuesto por Ansaldi (1995) sobre el cual, más adelante, vamos a retornar.

compatible el incremento simultáneo de salarios tanto de los trabajadores como de los empresarios. Entonces, ya no era solo una masa ubicada en el nivel más bajo de la pirámide, que empujaba a los que ya estaban hacia arriba, a posiciones obreras más altas y hacia los estratos medios, en los términos de Gino Germani -citado en Torre (1997)-, sino una sociedad movilizadora que supo recorrer el arduo camino hacia los sectores medios, equipada con herramientas y verdaderos recursos de presión, un capital simbólico fundamental para entender los procesos históricos que habrían de sobrevenir.

La “Revolución Libertadora” quebró por la mitad la segunda presidencia de Juan Domingo Perón e introdujo una profunda disyunción entre la sociedad y el funcionamiento de la política argentina, dio como resultado la emergencia paulatina de un sistema político dual (cfr. Cavarozzi, 1997). Es decir, los canales de expresión de las demandas no solo se realizaron a través del cauce institucional, en el que los sectores populares peronistas supieron reconocerse como una voz válida en el decenio 1945-1955, sino que, a partir del derrocamiento del líder y la consecuente proscripción del movimiento, crearon nuevos mecanismos de diálogo y presión para canalizar sus demandas con el Estado y se abrieron canales extrainstitucionales. Cavarozzi (1997) habla de “parlamentarismo negro” para referirse a un estilo de hacer política que se fue conformando a raíz de la frustrada implementación de los proyectos pertenecientes a los militares “democráticos” y de la no prevista configuración de nuevos patrones de acción que fueron prevaleciendo consecuentemente.

Los locos años sesenta: entre democracias débiles y dictaduras, revolución cultural, Revolución Cubana, el giro a la izquierda de Perón

Revolución cultural

La década del sesenta aflora como un nudo histórico de inconmensurable espesor para analizar las dinámicas política, ideológica y social, pero sobre todo, para observar las profundas transformaciones que *sufrió* el campo cultural de la época. Pierre Bourdieu, en *Las reglas del arte* (1997), introduce el concepto de *campo* al que nos gustaría apelar en lo sucesivo como un modo de comprender de qué forma las instituciones, los actores culturales, los ulteriores movimientos -dominantes, residuales, emergentes, en los términos de Raymond Williams (2009)-, los colectivos de trabajo y los individuos, los acontecimientos político-económico-sociales, tanto como las redes, las conexiones y las

disputas de legitimación o no al interior del campo, van conformando un complejo entramado de significación cultural que afecta otros campos (el político, el económico, el social, el simbólico).

El campo cultural, desde la perspectiva de Bourdieu, es el que se *crea*, se rige de acuerdo con el movimiento opuesto de dos tipos de agentes: los que desde una posición de dominación pretenden la conservación de la *doxa* –la tradición–, lo canónico, lo rutinario, y los que pretenden una ruptura con el grupo antecedente, realizando una restitución de antiguos valores.

Para comprender las razones de la revolución cultural en Argentina, resulta pertinente referir al trabajo de Sergio Pujol (2003) que se propone hacer un relevamiento de lo que él conceptualiza como *pasado perturbador*. Los niños argentinos de las décadas del cuarenta y cincuenta, durante el peronismo, ya jóvenes en los sesenta y setenta, se plegaron a una identidad juvenil mundial con entusiasmo, varios elementos propios y no pocas contradicciones. Se puede hablar de una *sensibilidad colectiva* o *espíritu de época* que se respiraba en 1960 y particularmente en la Argentina. Así explica Pujol (2003) de qué forma puede entenderse esta sensibilidad colectiva que

[...] englobó por lo menos dos generaciones. Para decirlo con ejemplos emblemáticos: estuvo la generación del escritor Rodolfo Walsh (1927-1977) y la del músico Luis Alberto Spinetta (1950-2012) [...] Si bien fueron fenómenos bien diferentes -otros lenguajes, otra relación con lo político, otras estéticas-, aquella literatura y aquella música no solo compartieron una mera sincronía de almanaque: participaron de una misma trama cultural, refractando un imaginario social signado por una urgente sed de futuro (Pujol, 2003: 47).

En palabras de Bourdieu, ¿serían Walsh y Spinetta dos artistas que pretendieron una ruptura con lo establecido? Ninguna duda. Por un lado, Rodolfo Walsh encarnó la figura del intelectual comprometido. Llegado desde el periodismo, su literatura terminó siendo una exquisita pieza estética que no perdió su arista de periodismo de denuncia. Por otro, Luis Alberto Spinetta intensificó su lugar en la contracultura y se convirtió en uno de los emblemáticos creadores del rock argentino. Estos dos *nudos*, en principio desarrollándose en paralelo, no forman sino parte de un mismo entramado que dispara un sinfín de problemas para pensar las décadas del sesenta y setenta. Cada uno de estos nudos conocía

las inflexiones del otro. Indudablemente, la formación de los actores sociales inscriptos en la radicalización política pertenecía, además, a una cultura de consumo en que Spinetta y Walsh representaban saberes culturales contrahegemónicos.

Revolución Cubana, la figura del héroe revolucionario

En 1958, Arturo Frondizi de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI) fue electo presidente, con los votos “prestados” por Perón desde el exilio. Su programa económico suponía un avance de tipo “desarrollista”. En el campo social, existía una sociedad que gozaba del acceso a bienes y poseía mayor avidez de consumo. De ahí, *brotó* una juventud “cult”, consumidora de cultura y sueños revolucionarios en un mundo que daba algunos giros vitales como la Revolución Cubana en 1959. Fidel Castro, pero sobre todo el “Che” Guevara, se convirtieron en “horizontes esperanzadores”, en faros, en héroes, en figuras ejemplares a seguir. El “Che” representaba al hombre que había abandonado todas las ofertas de otras formas de vida, para asumir la gesta de la revolución. Ernesto Guevara, visiblemente enfermo, llevando adelante una acción militar signada por el fracaso, murió joven, acribillado por un ejército en el medio de una batalla. Esa imagen recorrió el mundo y para los jóvenes argentinos resultó una marca indeleble. Su muerte antes de los cuarenta años, en la selva boliviana en 1967, le otorgaría a su configuración heroica, el matiz de mártir.

El onganiato y el vandorismo, surgimiento de la CGT de los Argentinos, de la resistencia a la confrontación directa

La cultura política, con epicentro en el movimiento peronista, fue adquiriendo una progresiva radicalización. En este sentido, vamos a poner de manifiesto sucintamente cómo, otra vez, desde el sindicalismo y en respuesta al autoritarismo estatal (el “Estado burocrático autoritario” en palabras de O’Donnell, 1996), surgieron agrupaciones que enfrentaron la histórica burocracia sindical del mismo peronismo y sobre todo una, la línea cuasi-autónoma: el vandorismo.

Juan Alberto Bozza (2006) realiza un interesante recorrido que va desde la resistencia peronista hasta comienzos de los setenta con la escisión de la CGT y la aparición de la CGT de los Argentinos (CGTA). Augusto Vandor se afirmó durante los primeros años del

gobierno de Frondizi, en que alcanzó la conducción nacional de la UOM, primero y de las “62 Organizaciones peronistas”, después. Ya en 1966, apoyó explícitamente la instalación de la dictadura militar y encontró allí un interlocutor válido, se enfrentó abiertamente a Perón. Las prácticas del vandomismo para la conservación del poder tuvieron que ver con los negocios ilegales, los sobornos, las golpizas, los asesinatos y la persecución de adversarios (“comunistas”, “trotskistas”). Vandom proponía un “peronismo sin Perón” y, desde ese horizonte, presentó candidatos en las elecciones provinciales de Mendoza en 1966. Perón volvió a mostrar su poderío y supo que debía rearmarse para hacer frente al vandomismo. No se advertía otra alternativa: a la violencia desde el Estado y su cómplice sindical, había que responder con más violencia.

Por esos años, el General había esbozado *un giro a la izquierda* incentivando, con programas radicalizados, a activistas sindicales. Así surgió el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP), cuyo objetivo principal radicaba en desterrar la burocracia sindical, aunque existió uno más ambicioso que fue el de una lucha armada contra las clases dominantes y las fuerzas imperialistas. En tal sentido, el MRP delineó un dispositivo armado clandestino en la Capital y en el Gran Buenos Aires, las primigenias Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), que no obtuvieron organización y rápidamente se licuaron. El MRP se diluyó hacia 1966, por diferentes razones pero, fundamentalmente, porque Perón no les atribuyó legitimidad.

Los activistas de la CGTA establecieron una sólida alianza con el movimiento estudiantil para coordinar diversas iniciativas de resistencia social y política contra la dictadura militar. La CGTA apoyó activamente al movimiento estudiantil contra la Ley Universitaria y por la recuperación de sus organizaciones. Varios intelectuales la integraban: Rodolfo Walsh, Miguel Briante, Fernando Pino Solanas, Horacio Verbitsky, entre otros. Fue una demostración más de la interconexión existente entre el campo cultural y sus bienes intelectuales, y el campo político. No se puede dejar de mencionar el apoyo recibido por parte del Movimiento de Sacerdotes Tercermundistas (MSTM). Su trabajo específico de campo, podríamos decir, le permitió insertarse en la militancia de la CGTA y comprometerse con las experiencias foquistas que el MSTM llevaba a cabo en casi todo el territorio nacional.

FAR, Montoneros, el brazo armado del peronismo

El fenómeno de la “nueva izquierda” no explica sino parcialmente el proceso de radicalización a que asistió el país entre fines de la década del sesenta y primeros años de la siguiente. Al margen de la izquierda que se proclamaba marxista, a veces en acuerdo con ella, a veces en competencia, se manifestó en otros sectores de la cultura intelectual y política argentina el mismo espíritu de intransigencia, la misma esperanza mesiánica y el mismo sentimiento de una deuda con el pueblo que obligaba a “hacer la revolución” -“Pero nosotros, hombres/ grandes ya, podemos olvidar, sabemos/ perfectamente qué tendríamos/ que hacer para dañar/ el presente, para romperlo” (Urondo, 2007: 382). Carlos Altamirano (2000) afirma que el proceso de mayores consecuencias tuvo lugar en las filas del activismo católico y que, de esas matrices ideológico-culturales, surgieron los grupos guerrilleros que entre 1969 y 1970 comenzaron a actuar en el país.

El retorno de Perón, refugio en la burocracia sindical, recrudecimiento del conflicto social

La nueva izquierda fue hegemónicamente hija de dos proyectos de lucha armada, guerrilla urbana y rural que, desde el peronismo, terminó protagonizando la organización Montoneros y, desde el marxismo, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP). Si bien existían otras expresiones guerrilleras y otras variantes de izquierda no armada, fueron aquellas dos organizaciones, desde el año 1970 en adelante, las que, sin duda desde un protagonismo indiscutible, definieron lo que en ese momento se llamaba el campo revolucionario; las que signaron la época, las que más incidieron en su proceso y desenlace. Montoneros, en el marco de un peronismo con profundas contradicciones, confusiones ideológicas, desencuentros ambiguos y antiguas lógicas caudillescas desde el liderazgo de Perón; desde las ideologías de extrema derecha a extrema izquierda que portaban sus facciones. Pero siendo, básica y concretamente, el peronismo, el movimiento popular de las masas obreras argentinas.

Por su parte, el ERP desde un purismo ideológico político marxista, pasado por el tamiz crítico del trotskismo y, adhiriendo al modelo guevarista de la revolución cubana, cayó en abstractos teoricismos ultraizquierdistas (cfr. Casullo, 2003), en teoremas sobre la realidad que nunca se daban en la realidad y extremadamente duro en su falta de consideración sobre los reales protagonistas de la historia: ese pueblo, según el ERP, siempre

desconcientizado, equivocado, llevado a un falso populismo de conciliación de clases de la mano del “jefe de la contrarrevolución”, es decir, de Perón.

La nueva izquierda de los sesenta en la Argentina concluyó transformada en avanzada elitista sin masas ni pueblo a los que decía representar. Terminó convertida en cerrados aparatos de vanguardia que respondían solo a sus alucinados códigos y lecturas de la realidad. Aparatos de la muerte, irónicamente, para enfrentar a los aparatos de la muerte económica, social y física de los poderes del sistema al que buscaban combatir. Concluyó presa de un militarismo de origen, que se fue acentuando en niveles impensados. Militarismo de corte inhumano que se desentendió de las realidades, de la cultura del “valor de la vida” en los propios sectores populares, de los cuales decía ser su vocero más genuino (cfr. Casullo, 2003).

El terrorismo de Estado de las Fuerzas Armadas tuvo todo a su disposición para llevar a la práctica su brutalidad asesina (el ensayo precedente estuvo dado por la “Revolución Argentina”) porque en ese mundo que sostenían “en guerra”, la izquierda sellaba y ratificaba su derrota política y el gobierno militar clausuraba en sangre los propósitos de una época. Esa izquierda de los sesenta en la Argentina, la de las grandes utopías y la de los mayúsculos e imperdonables errores en la acción (cfr. Casullo, 2003), fue aniquilada ilegalmente, suprimida de la faz de la tierra, desaparecida terroristamente, por el programa racional genocida de las tres fuerzas armadas -“the times literary supplement dice: / «golpear genitales con todo el puño implicaría/ ruptura violencia y enorme daño para los/ órganos envueltos»/ ¿y aplicar la picana en los genitales?/ ¡y quemar golpear el cuerpo tendido y volver a/ aplicar la picana eléctrica en los genitales!/ ¡y volver a quemar golpear el cuerpo tendido y/ volver a aplicar la picana eléctrica en los/ genitales!” (Gelman, 2012: 327-328)-.

Dictadura genocida: “el silencio es salud”

Violencia política, proliferación de grupos guerrilleros, fuerzas sociales con sentido de clase en constante movimiento, un clima de efervescencia política extrema, latió en el aire de la sociedad argentina un levantamiento incesante. El espacio público fue la sala de operaciones de la mayoría de las acciones: el lugar de las manifestaciones, el de los

enfrentamientos, la caja de resonancia de los partidos políticos, el auditorio de la sociedad civil, el espacio de la protesta, el grito y el reclamo de justicia, el lugar propio de la visibilidad masiva.

La primera acción en la irrupción del eufemístico *Proceso de Reorganización Nacional* (PRN) fue copar las calles pero no como una mayoría que lo hiciera para protegerlas de acciones indignas, sino que *el gobierno de facto* apostó sus hombres en cada esquina con las armas de la *Seguridad nacional* en su pecho, sembrando el terror en la ciudad, en el espacio público, como un primer efecto en la creación de un clima de temor y a favor de un control estricto de las acciones y movimientos mínimos de los individuos. En el resquebrajamiento de los lazos sociales se fundó la primera operación, ahí se arraigó la primera incisión drástica de la cúpula militar en la sociedad argentina de 1976: tomar por asalto, quitarle potencialidad al espacio público como una primera demostración de poder y control social. La constitución del PRN respondió a un grito generalizado que exigía el restablecimiento de un orden ante el caos desatado con mayor fuerza sobre todo a mediados de los sesenta, una escalada de violencia que las sucesivas dictaduras de Onganía, Levingston y Lanusse no pudieron frenar, y dio paso a la posibilidad de que Perón y su aparato político pudiera encauzar lo que, para los militares y parte de la sociedad civil, era su responsabilidad (cfr. Ansaldi, 2006; Corradi, 1996; Rapoport, 2000), pero la escalada avanzó. Las ciudades, las calles, las esquinas, las plazas, la infraestructura de los espacios públicos quedaron bajo el dominio de las fuerzas militares y parapoliciales, estas últimas existentes incluso en democracia -la mano derecha del gobierno constitucional de María Estela Martínez de Perón (cfr. Sidicaro, 2002)-; la vigilancia del espacio público y sus recursos como un primer mecanismo de control social y cultural: las calles controladas, la sociedad dominada.

La vana ilusión de los dictadores y sus secuaces de considerar saludable el silencio -de las voces y del pensar- les hizo descuidar lo esencial -eso que siempre es invisible a los ojos, diría el Principito del prohibido Saint Exupéry- e ignorar que incluso el silencio tiene sonidos (Ansaldi, 2006: 118).

A partir del lema "*El silencio es salud*" el gobierno militar vertebró un discurso que se respaldó en la metáfora del lenguaje médico, desparramó una red de dominio total en el que

se erigió como único extirpador del cáncer, como singular promotor y ejecutor de la operación máxima que resultaba salvar al país de su peor enfermedad histórica: el accionar subversivo.

¿Qué estaba haciendo Gelman en Europa? En el año 1975, Montoneros lo envió al exterior para hacer *relaciones públicas* y denunciar internacionalmente la violación de derechos humanos en la Argentina, durante el gobierno de María Isabel Martínez de Perón (1974-1976). En esa misión se encontraba cuando se produjo el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 que dio inicio a la última dictadura militar. Durante esos años, Gelman se pronunció abiertamente en contra de la conducción de Montoneros: no compartía mecanismos, estrategias, ni objetivos (Mero, 1987).

Influido por la Revolución Cubana en 1959, comenzó a militar en el Partido Comunista (PC). Posteriormente, y tras ser encarcelado en 1963 con otros jóvenes como Juan Carlos Portantiero, abandonó el PC y formó el grupo “Nueva Expresión” y la editorial “La Rosa Blindada”, que difundía libros de izquierda. En 1968, Gelman se integró a la organización guerrillera de orientación guevarista FAR recién formada, que realizaba acciones militares y políticas contra la dictadura de Onganía. A fines de 1973 pasó a integrar la organización guerrillera Montoneros de orientación peronista, a raíz de su fusión con las FAR. En todo ese período, Gelman dirigió “Noticias”, el periódico de la organización, y desempeñó un papel relevante en la acción cultural y de comunicación de Montoneros. Las gestiones de Gelman lograron el primer repudio publicado, en 1976, en el diario “Le Monde” contra la dictadura argentina realizado por varios jefes de gobierno y de la oposición europeos, entre ellos François Mitterrand, de Francia y Olof Palme, de Suecia. En 1977 adhirió al recientemente creado Movimiento Peronista Montonero. Experimentando graves disidencias con su orientación, en 1979, lo abandonó por estar en desacuerdo con el verticalismo militarista de la organización. Durante su forzado exilio en Europa, escribió los textos que componen *Hechos*.

***Beauty is difficult*³: escribir en el campo de batalla o en medio de los *Hechos* (1974-1978) de Juan Gelman**

Hacer: “Mejor que decir es hacer, mejor que prometer es realizar”⁴

Explorando las posibilidades de la poesía, iniciamos, en este capítulo, ya no un recorrido temporal, sino un itinerario por los textos que dicen mucho más que los registros históricos de una época.

La literatura ofrece mucho más que una directa representación del mundo social. Ofrece modalidades según las cuales una cultura percibe esas relaciones sociales, las posibilidades de afirmarlas aceptándolas o cambiándolas [...] la construcción de universos ficcionales no informa solo sobre lo que esos universos representan sino que las relaciones formales que articulan la construcción pueden explicar (y ser explicadas) en un sentido socio-histórico (Sarlo, 1991: 34).

Del discurso de la historia al discurso de la literatura. En el poema “Hechos” la escena creada es una situación manifiesta, graficada no solo desde un orden de palabras, sino y sobre todo desde los cortes, las cesuras que irrumpen en el dibujo del texto. Son esos cortes los que indican la secuencia del *hecho*. Un ojo parte desde un *adentro* que contiene la inmutable voz del dictador o burócrata. Una voz alienada, a su vez, de los acontecimientos que deberían interpelar su discurso porque el protagonista de turno es un sujeto inanimado que declama, mientras en el *afuera* continúan la lucha de clases, la brutalidad del sistema, el trabajo esclavo, “la estupidez/ la represión/ la muerte/ las sirenas policiales cortando la noche” (Gelman, 2012: 365⁵). El discurso es ajeno a los ruidos, a los lamentos, a las detenciones; se mantiene al margen. El ojo de la voz poética se desdobra: aparece en el medio como un observador omnisciente, mediando entre los sucesos reales de las mayorías en la coyuntura y el relato que evoca el individuo, ostentador del poder, como a destiempo. El dictador o burócrata discurrea; el poeta, ya no la voz enunciativa del texto,

³ “‘Beauty is difficult, Yeats’ said Aubrey Beardsley/when Yeats asked why he drew horrors/or at least not Burne-Jones/and Beardsley knew he was dying and had to/make his hit quickly .../ ‘So very difficult, Yeats, beauty so difficult’ (Pound, 1962: 526).

⁴ Esta frase se le adjudica al ex presidente argentino Juan Domingo Perón.

⁵ En lo sucesivo, cada vez que hagamos alusión a algún poema, utilizaremos esta edición indicando solamente el número de página.

sino, podemos afirmar, el *personaje* poeta o ese “sí mismo como otro”⁶- dentro del poema toma un endecasílabo nacido entre una piedra y un fulgor de otoño, se produce el primer corte formal.

El conjunto de la población resiste el trabajo duro, la represión y el poeta toma ese mismo endecasílabo, segundo corte formal. En la metáfora, el endecasílabo deviene en arma, es ahora un revólver. El trabajo del poeta consta en cargar de belleza uno de los lados y de más belleza el otro, cerrar el endecasílabo y poner el dedo en la palabra inicial y apretar el poema-arma. La tarea militante encarnada en la escritura. Entonces, ¿es *hechos* la palabra inicial? ¿El poeta exhorta a llevar las propuestas a los hechos? ¿A “hacer” realmente la revolución? La tarea del poeta radica en la puesta en práctica de las ideas, más allá del funcionamiento del poema. Ahí se da el tercer corte formal. Esa palabra está apuntando a la cabeza del disertador de turno, el endecasílabo sale disparado y continúan las acciones del “adentro” (el discurso) y el “afuera” (la lucha de clases, el duro trabajo, etc.) Cuarto corte formal y no cambia nada. Nada se transforma. Todo sigue igual, hasta ahora... Porque con la belleza no alcanza. La explicación final asume la incompetencia: “ningún endecasílabo derribó hasta ahora a un dictador o burócrata [...] y un verso puede nacer del encuentro entre una piedra y un fulgor de otoño” (365) y de otros encuentros también.

Fuera de toda imposición formal tradicional, estos poemas carecen de mayúsculas, de “la palabra mayor”, “poderosa” -podríamos decir. Desaparecen los signos de puntuación, ¿el poema no tiene un cierre? Así es, el poema no termina; a pesar de la incapacidad del endecasílabo la lucha no muere; la belleza es incesante, aunque dificultosa. Podemos afirmar que no hay en el poema ni un comienzo ni un fin, hay un *hecho*. Las barras vienen a funcionar como una constante de “parar y seguir”, la construcción de un espacio para tomar aire y seguir ¿con la lectura? ¿Con la revolución? Los cortes formales parecen ser arbitrarios, sin embargo, como ya observamos, es posible distinguir diferentes zonas por las

⁶ Con este concepto seguimos al filósofo Paul Ricoeur (1996): “[...] con la expresión *sí-mismo* -*soi même*- encontramos la primacía de la mediación reflexiva sobre la posición inmediata del sujeto y se expresa el infinitivo reflexivo: «designarse a sí mismo». Con el término *mismo* -*même*- disociamos dos significaciones importantes de identidad: la identidad en el sentido del *idem* -ser el mismo que permanece en el tiempo- y la identidad en el sentido del *ipse* -ser uno mismo, él mismo. En la expresión *como otro* -*comme un autre*- asociada a la anterior, *sí-mismo*, se pone en juego la dialéctica complementaria entre el *sí-mismo* (*soi*) y el otro que uno mismo. Al «como», quisiéramos aplicarle la significación fuerte, no sólo de una comparación -sí mismo semejante a otro- sino de una implicación: sí mismo en cuanto... otro” (Ricoeur, 1996).

que circulan los sentidos del texto y se puede encontrar una razón para las escisiones. “En el combate cada palabra destruye un pedazo de su previda o sombra oblicua, confirma las ciudades asoladas, las distancias que el exilio sembró delante suyo” (Gelman citado en Giordano, 1987: 2). El lenguaje vuelve a nacer. Frente a la disgregación física que produce el genocidio, el poema activa los dispositivos del “nacimiento” de una nueva forma de escritura. El campo de acción se torna impreciso: en el texto las prácticas de la literatura y el accionar político se confunden o, mejor dicho, confluyen: “cerró el endecasílabo/ puso el dedo en la palabra inicial/ apretó” (365).

Se evidencia cierto desencanto respecto de la concreción de un verdadero cambio en los condicionamientos sociales. Sin embargo, arriesguémonos a discutir esa proposición desde la falta de un punto final, gesto que supone no un fin, más bien un recorrido, una continuación, una lucha que sigue, que debe continuar pese a la imposibilidad que marcan las palabras de lograr derribar un sistema devastador que se presenta homogéneo y singular (“el dictador”, “el burócrata”) frente a la pluralidad de “los nacimientos, casamientos, los disparos” (366).

[...] de tal modo que las operaciones constitutivas de la poesía figuran analógicamente con las vanguardias insurreccionales, reproducen el sistema de relaciones con que ellas se legitiman mediante ‘encuentros’, ‘nacimientos’, ‘casamientos’ con un pueblo (Rama, 1997: 2).

En efecto, los disparos incesantes de la belleza (si se nos permite invertir los términos), quizá logren derribar “el capitalismo brutal” (haciéndonos eco de Hernández Arregui⁷) e imponer el programa revolucionario, el de los encuentros, el que está construyéndose frente a la fragmentación de los cuerpos y de los lazos sociales que plantea el sistema capitalista represivo. El punto final aún no tiene su lugar: el gesto implicado en la escritura es político antes que lo sea la voz del texto (cfr. Rancière, 2011b).

Ignorar a los ignorantes

El conjunto de los textos revela la yuxtaposición de mundos opuestos. El adentro y el afuera, la oscuridad y la luz, el silencio y las sirenas. Ponen en articulación los opuestos. Aparecen las barras, como cortes gráficos que demarcan; la yuxtaposición se hace evidente

⁷ “El empobrecimiento de la población mundial en el capitalismo es inexorable” (2011: 108).

en el poema “Ignorancias”. En el espacio exterior, de nuevo el ruido de la ciudad, las sirenas imprevistas de la policía representando “el sistema enemigo”. Otra vez, el adentro y el afuera, porque en el adentro suceden otras acciones, como a destiempo del afuera. Aparece un “nosotros” que inicia el encuentro amoroso (367). El techo los protege de ruidos y pesquisas. Las sirenas deambulan, la policía sabe todo de ellos, menos del encuentro, el octavo en un mes, porque los amantes escapan y se esconden. Frente a la oscuridad, el sol acompaña el encuentro amoroso, se escabulle por los resquicios de la ventana. Vamos a encontrar, en muchos de los poemas, una conexión entre el amor y la revolución, ¿revolución de amor? porque “hacer la revolución es (como) hacer el amor y para ello es necesario volver a ser (como) niño, que es lo mismo que convertirse en un pajarito o en un arbolito, es decir en poeta” (Dalmaroni, 1993: 73). Y hacer el amor, como la acción revolucionaria, pasa a ser también una actividad clandestina. En el poema “Muchas gracias” de Urondo: “el miedo y otras mezquindades se pusieron/ en evidencia y el amor/ no aparecía por ninguna parte. Recompuestos/ de la sorpresa, rendidos ante los hechos, nadie/ pudo negar que en este país, en este/ continente, nos estamos muriendo de vergüenza. / Aquí estoy perdiendo amigos, buscando viejos compañeros de armas [...] para ver toda la tierra y caer en sus brazos” (Urondo, 2007: 452-453). La búsqueda de amor es también un objetivo de la lucha y, si es necesario, se muere por amor, se va la vida en esa tarea. “Amor” y “revolución” como objetos que se anhelan, acciones que se complementan. En “Ignorancias”, la escena representa un modo de enfrentar el poder represivo; la persecución del afuera encuentra resistencia en el adentro, el amor resiste. Sobre el final, el texto pierde “orden”, parece desarmarse, hacerse añicos y, a la vez, se invierte el proceso: el sol sale desde el adentro para cubrir la ciudad, el afuera. El sol que ilumina a “los ignorantes” que desconocen el encuentro es cómplice de los amantes que hacen el amor ignorando las sirenas. La pericia de saber esconderse para no ser descubierto por el enemigo, a pesar de estar rodeados, una de las tareas de los militantes.

Volar el vuelo de un pájaro, el vuelo de las ideas

“Digamos que corrijo poco porque respeto el momento en que se hace un poema y quiero mostrar ese hacerse o conservarlo” (Gelman en Fondebrider, 1992: 3) dice, valorando la instancia de escritura. Una escritura que está más allá de una revisión, del control, de la

corrección. El poema se presenta tal como lo construyó. La creación resulta una actividad continua que no implica el proceso de “vuelta atrás”.

La *lectura racional* que puede hacer un militante en el campo de batalla, en el poema “Distracciones” propone seguir el vuelo de un pájaro; se corre de la coyuntura, de la lucha persistente. El objeto-pájaro se muestra tan diestro en el arte de volar, parece ocultar detrás de esa destreza todos sus fallidos intentos, se constituye para el poeta en un símil a partir del que puede considerar el objeto-revolución. No hay manera de que la práctica revolucionaria no retome sus pasos, que no deje de criticarse, como el ave que se frena en su vuelo, sopesa y vuelve sobre lo que voló para volarlo otra vez, “se critica a sí misma”. Podemos observar una revolución que no logra una concreción, no avanza, porque vuelve sobre sus determinaciones anteriores, que analiza y retoma para empezar de nuevo lo que ya había empezado, y a la vez, como el pájaro, aparta “dudas debilidades miserias” (369) como resultado de intentos malogrados.

[...] puesto que es la pureza del aire lo que verdaderamente crea, dicha pureza debe crear la sílfide antes que la paloma, lo más puro antes que lo más material. Esta filiación, que desciende desde los espíritus a los seres de carne, es de una gran veracidad en la psicología de la imaginación. Los psicólogos no la observan, porque confunden a menudo los procesos de la imaginación con los de la conceptualización, como si la imagen fuera un simple concepto vago y esfumado (Bachelard, 2012: 92-93).

La imagen adquiere valor y la imaginación asume su protagonismo. Vamos a quedarnos entonces con la idea del vuelo. La voz del poema pretende desviarse de lo coyuntural admirando el vuelo de un ave, pero no puede. La revolución es una obsesión a la que se vuelve una y otra vez. Detengámonos en el verso “porque el vuelo es así/se critica” (369). Su peso está en expresar la apariencia de resignación que podría traducirse en “es así”, “no hay manera de que no sea así”, la idea de “si seguimos volando, va a seguir siendo así”, “nada de esto va a cambiar”. Una exhortación a dejar de volar, para poner “los pies sobre la tierra”. Sospechamos que en esa construcción se juega el verdadero peso del poema justificado en la idea de que la revolución “no pisa la tierra”, se mantiene muy lejos de los hechos, los sobrevuela, se distrae con el vuelo. Quizá este pájaro de la revolución, como el

albatros de Baudelaire⁸, se asemeja al príncipe en las nubes en el cielo, que, sin embargo, camina torpe entre los hombres.

BIBLIOGRAFÍA | Obras literarias

GELMAN, Juan (2012). *Hechos* (Buenos Aires - Roma, 1974-1978), en *Poesía reunida*, Tomo I 1956-1980, Buenos Aires, Seix Barral, pp. 363-383.

Fuentes citadas y consultadas

ALTAMIRANO, Carlos (2000). “La era social” en *Bajo el signo de las masas. 1943-1973*, Buenos Aires, Ariel.

----- (2013). *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Siglo XXI editores.

AMARAL, Samuel (1993). “El avión negro: retórica y práctica de la violencia” en AMARAL, Samuel y Mariano Ben Plotkin, *Perón del exilio al poder*, Buenos Aires, Cántaro.

ANSALDI, Waldo (1995). "Profetas de cambios terribles. Acerca de la debilidad de la democracia argentina, 1912-1945, en Waldo Ansaldi, Alfredo Pucciarelli y José Villarruel (eds.), *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946*, Buenos Aires, Biblos.

----- (2006). “El silencio es salud. La dictadura contra la política” en Quiroga, Hugo y César Tacht, *Argentina 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*, Rosario, Homo Sapiens.

BACHELARD, Gaston (2012). *El aire y los sueños*, México, Fondo de Cultura Económica.

BAUDELAIRE, Charles (2014). *Las flores del mal*, Buenos Aires, Planeta.

BOURDIEU, Pierre (1997). *Las reglas del arte*, Barcelona, Anagrama.

BOZZA, Juan Alberto (2006). “El Peronismo revolucionario. Corrientes y experiencias de la radicalización sindical (1958/1968)” en *Cuestiones de Sociología. Revista de Estudios Sociales*, N° 3, Buenos Aires, Prometeo.

CASULLO, Nicolás, FORSTER, Ricardo, KAUFMAN, Alejandro (2003). “Rebelión cultural y política de los '60”, en *Itinerarios de la modernidad*, Buenos Aires, Eudesa.

CAVAROZZI, Marcelo (1997). *Autoritarismo y democracia. 1955-1983*, Buenos Aires, Ariel, Caps. 1 y 2.

⁸ Cfr. “El albatros”: “El Poeta es igual a este señor del nublo/ que habita la tormenta y ríe del balletero./ Exiliado en la tierra, sufriendo el griterío, sus alas de gigante le impiden caminar” (Baudelaire, 2014: 77).

DALMARONI, Miguel (1993). *Juan Gelman contra las fabulaciones del mundo*, Buenos Aires, Editorial Almagesto.

FONDEBRIDER, Jorge (1992). “Obsesión, ritmo y silencio”, en *Diario de Poesía*, año 6, número 24, Buenos Aires, noviembre 1992, pp. 17.

FOUCAULT, Michel (1993). *Saber y verdad*, Madrid, Ediciones de la Piqueta.

FREIDEMBERG, Daniel (1999). “Herencias y cortes. Poéticas de Lamborghini y Gelman”, en *Historia crítica de la literatura argentina*, volumen 10, “La irrupción de la crítica”, Buenos Aires, Emecé editores, pp. 183-212.

GARCÍA HELDER, Daniel (1999). “Poéticas de la voz: el registro de lo cotidiano”, en *Historia crítica de la literatura argentina*, volumen 10, “La irrupción de la crítica”, Buenos Aires, Emecé editores, pp. 213-234.

GILMAN, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Argentina, Editorial Siglo veintiuno editores.

GIORDANO, Jaime (1987). “Juan Gelman: el dolor de los otros”, en *Dioses, antidioses/ Ensayos críticos sobre poesía hispanoamericana*, Santiago, Chile, ediciones Lar.

GLANTZ, Margo (2000). “Juan Gelman”, en *Fractal*, nº 19, octubre-diciembre 2000, año 4, volumen V, pp. 53-58.

HERNÁNDEZ ARREGUI, Juan José (2011). *Peronismo y socialismo*, Buenos Aires, Peña Lillo.

MERO, Roberto (1987). *Conversaciones con Juan Gelman: Contraderrota, Montoneros y la revolución perdida*, Buenos Aires, Contrapunto.

POUND, Ezra (1962). “Canto LXXX”, en *The Cantos*, Gran Bretaña, Faber and faber ed., pp. 526-552.

PUJOL, Sergio (2003). “Rebeldes y modernos”. Una cultura de los jóvenes” en James, Daniel, *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.

RANCIÈRE, Jacques (2011a). *Política de la literatura*, Buenos Aires, Libros del Zorzal.